

## *EL SOCIALISTA EN LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL\**

Santos Juliá

Algo de pasión había, y mucho de pundonor y de orgullo de oficio, en las palabras que Félix Galán, administrador de *El Socialista*, pronunció en la sesión de 8 de octubre de 1932 del XIII Congreso ordinario del Partido Socialista Obrero Español, al presentar las cuentas de los últimos ejercicios tal como habían quedado reflejadas en la Memoria que la comisión ejecutiva había preparado para su debate en el congreso. El año 28, dijo Galán, se salda con una pérdida de 2.737,50 pesetas, que habría alcanzado la considerable cifra de 64.090 si se descontaran los donativos recibidos a lo largo del ejercicio. Cosa parecida ocurrió el año siguiente, 1929, cuando el beneficio de 31.000 pesetas ocultaba lo que Galán llamó una pérdida industrial de 72.000; y también el siguiente, 1930, en el que la diferencia entre ingresos y gastos ascendió a 69.000 pesetas, aunque la pérdida industrial fuera nada menos que de 34.000. Para decirlo de manera que todos lo entendieran: *El Socialista* solo pudo subsistir hasta 1930 gracias a los donativos que recibía, porque por lo que se refería a los ingresos generados por la industria –publicidad, suscripciones, ventas- y los gastos en que incurría, el balance era siempre negativo<sup>1</sup>.

Pero llegamos al año 31, sigue diciendo Galán, y el panorama cambia por completo: por vez primera en todo el tiempo que llevaba a cargo de la administración del periódico, los ingresos industriales superaron a los gastos: a 124.000 pesetas ascendió la ganancia, de las que descontadas 54.758 pesetas que habían ingresado como donativos, dejaban la bonita suma de 69.000 como beneficio industrial. En un solo año, el déficit de 34.000 pesetas había

---

· Publicado en *El Socialista (1886-2011) Prensa y compromiso político*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias y Museos de Madrid, 2011, pp. 73-89.

<sup>1</sup> Partido Socialista Obrero Español, *Actas de las sesiones del XIII Congreso ordinario*, Madrid, Gráfica Socialista, 1934, pp. 242-244. El resumen de las cuentas, “Situación administrativa de *El Socialista* el día 31 de diciembre de 1931, en relación con el balance de 31 de diciembre de 1927”, en Partido Socialista Obrero Español, *Convocatoria y orden del día para el XIII Congreso ordinario que se celebrará en Madrid los días 6 y siguientes de octubre de 1932*, Madrid, Gráfica Socialista, 1932, pp. 144-147.

pasado a ser el superávit de 69.000, al que era preciso añadir los donativos recibidos hasta completar aquellas 124.000 pesetas que Galán podía presentar como “ganancia”; donativos, es preciso recordar, engrosados gracias al 10% de lo que líquidamente percibían en concepto de dietas todos los afiliados que eran “miembros del Instituto y Junta de Reformas Sociales, Juntas de Censo, Tribunales Industriales, Parlamentos, Diputaciones, Ayuntamientos o cualquiera otra clase de Corporaciones”<sup>2</sup>.

Rebosante de satisfacción, el administrador anunció que la deuda de 78.000 pesetas que *El Socialista* todavía arrastraba con Papelera en noviembre de 1931 había quedado saldada en el primer trimestre de 1932. Más aún, todas las deudas que el periódico había contraído con Artes Blancas, que “nos auxilió en las malas épocas a que aludía el compañero Saborit”, y con los diversos compañeros, allí presentes, en el salón de fiestas del teatro Metropolitano, también se habían ido saldando a lo largo del año de manera que aquel 8 de octubre de 1932, ante los delegados al XIII Congreso ordinario de su partido, Galán podía afirmar por vez primera en su vida: “Hoy el periódico está libre de deudas”, o más exactamente, aún debía 1.500 pesetas a un compañero que las había prestado “en época angustiosa” y que a pesar de varios requerimientos, no había querido cobrarlas. “En mi constante afán de sanear el periódico –añadió- he saneado todos, absolutamente todos los servicios administrativos en lo que a la parte económica se refiere”<sup>3</sup>. El periódico no debía nada; más aún, estaba en condiciones de contribuir a los gastos del partido en caso de que fuera necesario.

#### EL PRIMER DESPEGUE

Este saneamiento guardaba una relación directa con el incremento en la difusión y venta del periódico, que llegó a cuadruplicarse en solo cuatro años: los 9.000 ejemplares de tirada media de 1927 subieron a 32.500 en 1931, con un escalón en 1930, cuando alcanzó ya los 17.600 ejemplares. Dicho de otra manera, *El Socialista* inició el primer despegue de su larga y casi

---

<sup>2</sup> Esta obligación quedó establecida en el X Congreso del partido, celebrado en octubre de 1915 y fue recordada como “subsistente” en “Memoria y convocatoria del Comité Nacional aprobada el 29 de agosto de 1934”, Fundación Pablo Iglesias, Archivo Histórico, 24-6.

<sup>3</sup> *Actas de las sesiones del XIII Congreso ordinario*, cit.

siempre precaria vida como resultado visible de la masiva politización que acompañó la caída de la dictadura, y lo aceleró, con el aumento de otros mil ejemplares en el primer semestre de 1932, como un efecto inmediato de la proclamación de la República y de la participación del partido en el gobierno. Naturalmente, estos tres acontecimientos políticos –caída del dictador, proclamación de la República, llegada del PSOE al gobierno- se reflejaron en un crecimiento de la afiliación al partido obrero, que pasó de 8.251 a 75.133 militantes entre el primer semestre de 1928 y el mes de junio de 1932, de modo que si en 1928 podía decirse que *El Socialista* tiraba aproximadamente un ejemplar por cada afiliado, a mediados de 1932 los afiliados doblaban en número a los ejemplares publicados: de momento, no todos los nuevos socialistas compraban el órgano oficial del partido, que se vendía como el resto de la prensa diaria al precio de 10 céntimos, pero que, a diferencia de los grandes periódicos de empresa, no podía ofrecer a sus lectores más que seis páginas, a siete columnas, y de letra apretada.

Así que el periódico, más que un medio para lograr un “nuevo acopio de adeptos”, como había afirmado en el mismo congreso su director, Julián Zugazagoitia, incrementó de manera espectacular su tirada porque había recibido en sus filas a esas decenas de miles de nuevos adeptos: fue el aumento de la afiliación la que causó la subida de la tirada del periódico, y no al revés. Más aun, el incremento de ventas se produjo en el periodo de crisis interna que atravesó su redacción tras la dimisión como director de Andrés Saborit y su sustitución, como director-gerente, por Remigio Cabello, y como director interino por quien era ya redactor-jefe, Cayetano Redondo, un veterano en la redacción del periódico. Ocurrió a finales de febrero de 1931, cuando Saborit, junto a Julián Besteiro, partidarios ambos de romper la alianza con los republicanos que había conducido a la fallida huelga general de 15 de diciembre de 1930 y a la detención y encarcelamiento de varios miembros del comité revolucionario, dimitieron sus cargos en la comisión ejecutiva del partido, después de que el comité federal se hubiera ratificado en la política de coalición por la República. Besteiro fue sustituido en la presidencia por Cabello, y a Saborit lo sustituyó como secretario-tesorero Manuel Albar, aunque permaneció, después de poner el cargo a disposición de

la ejecutiva, como director de Gráfica Socialista y concejal del Ayuntamiento de Madrid<sup>4</sup>.

Cayetano Redondo dirigió –si tal es la palabra que conviene– el periódico en los momentos de la proclamación de la República con medios bien precarios y una redacción reducida a su mínima expresión. En la reunión celebrada por la comisión ejecutiva en la tarde del 13 de abril de 1931, cuando la monarquía se tambaleaba y las gentes salían a la calle para proclamar la República, los dirigentes socialistas se ocuparon con detalle de la confusión debida a que las cajas de la secretaría del partido, del periódico y de la Gráfica Socialista no estuvieran separadas. Largo Caballero recordó que él ya había propuesto la separación de las cajas y Fernando de los Ríos quedó encargado de invitar a la Gráfica a devolver el dinero que debía en forma compatible con sus necesidades. Esta confusión en las cuentas se añadía a la confusa solución dada a la dimisión de Saborit con el nombramiento de un director gerente más un director interino, y a la precariedad de medios humanos en que se encontraba la redacción del periódico, con dos redactores enfermos y otros dos que, por los nuevos cargos desempeñados, habían disminuido sus trabajos en la redacción. El mismo Cayetano Redondo, elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid en las elecciones municipales de 12 de abril y, dos meses y medio después, diputado por Segovia, no parece haberse ocupado mucho de la dirección interina que había asumido o, por decirlo con las palabras del director-gerente, Remigio Cabello, “desapareció de la redacción”, que quedó en la práctica a cargo de dos de sus redactores, Antonio Ramos Oliveira y Antonio Atienza.

El caso fue que el día 5 de julio de 1931, una semana después de celebradas las elecciones a Cortes Constituyentes, *El Socialista* insertaba un escueto comunicado en primera página con la noticia del cese en el cargo de director, que desempeñaba interinamente, de “nuestro compañero Cayetano Redondo”, y el nombramiento de Antonio Ramos Oliveira como redactor-jefe, mientras el mismo Cabello continuaba como director-gerente con el único propósito de mantener la estrecha relación que desde su origen había existido entre la comisión ejecutiva y la redacción del periódico, fundidas, con una sola

---

<sup>4</sup> Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, México, Impresiones Modernas, 1961, pp. 276-277.

interrupción, en la persona de Pablo Iglesias. En el mismo suelto que anunciaba el cese de Redondo, *El Socialista* recomendaba a todos los camaradas y amigos que dirigieran la correspondencia relacionada con la redacción, al director, impersonalmente, una situación a la que solo se puso fin medio año después, el 25 de febrero de 1932, cuando, tras la dimisión de Ramos Oliveira, el mismo Remigio Cabello propuso a la comisión ejecutiva el nombramiento de Julián Zugazagoitia como subdirector, con carácter provisional desde el 1 de marzo, hasta que el próximo congreso ordinario del partido ratificara su nombramiento como director<sup>5</sup>.

A partir de ese momento, las cosas van a moverse a toda velocidad. Zugazagoitia, nacido en Bilbao el 5 de febrero de 1899 y elegido diputado por Badajoz en las Cortes constituyentes de la República<sup>6</sup>, no esperó al congreso de su partido para aparecer públicamente y ser tratado por la comisión ejecutiva como director a todos los efectos. En su reunión de 3 de marzo de 1932, la ejecutiva recibió ya las primeras propuestas de mejora elaboradas por su subdirector, y desde el 17 del mismo mes, y sin que medie ninguna otra decisión al respecto, se da por supuesto en las actas de las reuniones que Zugazagoitia se ha encargado de la dirección del periódico. Unas semanas más tarde, en su reunión de 28 de abril, la ejecutiva responde a una carta del nuevo director accediendo a asignarle un sueldo mensual de mil pesetas, el doble de lo que recibía el último director, y lamentando no haber sido informada de la campaña de suscripción para la compra de una rotativa puesta en marcha por el nuevo director, aunque ve “con agrado” la iniciativa: Zugazagoitia comienza, pues, a tomar decisiones de calado sin informar previamente a la ejecutiva, una práctica insólita hasta el momento y que, andando el tiempo, le valdrá alguna que otra llamada de atención. Había sugerido también el nuevo director a la ejecutiva que contribuyera a sufragar los gastos de su traslado de

---

<sup>5</sup> Cese de Redondo, *El Socialista*, 5 de julio de 1931. Cese de Antonio Ramos Oliveira y propuesta y nombramiento de Julián Zugazagoitia, Actas de la Comisión Ejecutiva de 11 y 25 de febrero de 1932, Fundación Pablo Iglesias, Archivo Histórico, 20-1.

<sup>6</sup> La fecha de nacimiento de Julián Zugazagoitia es la que consta en su ficha como diputado de las Cortes Constituyentes de la República. De su vida, trabajos y muerte me he ocupado en “Prólogo” a Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Tusquets, 2001, pp. I-XXXI.

Bilbao a Madrid, una sugerencia que vio rechazada por lo que supondría como precedente para cualquier otro caso de similares circunstancias.

Lo nuevo consiste, por tanto, en que el director del periódico no ocupa a la vez un puesto en la comisión ejecutiva, como había sido el caso en el larguísimo periodo en que *El Socialista* fue dirigido por Pablo Iglesias y por su sucesor Andrés Saborit, miembro también de la ejecutiva. Zugazagoitia no lo era y llegaba a la dirección en plena juventud, con muchas ganas de introducir reformas y conociendo bien el terreno que pisaba. Colaborador asiduo de *El Liberal*, diario de Indalecio Prieto en Bilbao, había dirigido desde 1921, también en la capital vizcaína, el semanario socialista *La Lucha de Clases*, hasta que en 1924, condenado por un delito de imprenta a un destierro de cinco años, inició su actividad literaria, publicando su trilogía biográfica: una vida heroica, la de Pablo Iglesias, una vida humilde, la de Tomás Meabe, y una vida anónima, la de un obrero corriente, además de sus novelas sociales *El Asalto* y *El Botín*<sup>7</sup>. Durante la dictadura colaboró desde muy pronto en *La Gaceta Literaria*, fundada y dirigida en Madrid por Ernesto Giménez-Caballero, con una sección titulada “Los obreros y la literatura”, y también en *Nueva España*, lanzada en 1930 por las “fuerzas jóvenes”, a cuyo frente se situaban Antonio Espina, Esteban Salazar Chapela y José Díaz Fernández, además de aparecer asiduamente en *El Socialista* firmando, con su nombre o iniciales, sueltos titulados “Asteriscos”. Se desenvolvía por entonces *El Socialista*, como tantos periódicos, revistas y boletines obreros, “en un estado de notable atonía y su lectura resultaba, incluso para muchos afiliados, sumamente monótona y aburrida”<sup>8</sup>. Por eso, desde que se hizo cargo de la dirección, sugirió reformas y planteó iniciativas que introdujeran algo de vida en las mortecinas páginas de un diario que, más que periódico, tenía el aire de un boletín informativo: publicar un número extraordinario dedicado a la Gran Guerra y en defensa de la paz y comprar una rotativa con la que se pudiera ofrecer más páginas y mejor impresas a los lectores y confeccionar un

---

<sup>7</sup> Estas notas son de Manuel Pérez Ledesma, en Manuel Pérez Ledesma y Santos Juliá, “Julián Zugazagoitia y *El Socialista*”, en Jesús Manuel Martínez, ed., *Grandes periodistas olvidados*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987, p.160.

<sup>8</sup> Mariano Esteban de Vega y Manuel Redero San Román, “La prensa socialista hasta la Guerra Civil”, en Celso Almuíña y Eduardo Sotillos, *Del periódico a la sociedad de la información*, Madrid, Sociedad Estatal Nuevo Milenio, 2002, vol. 1, p. 325.

periódico más abierto a cuestiones no necesariamente relacionadas con la vida del partido y de las organizaciones obreras.

Los primeros balances que llegaban sobre difusión y venta del diario eran, además, alentadores y hasta propicios al entusiasmo: *El Socialista* había atravesado los doce meses exactos que duró su crisis de dirección, desde los últimos días de febrero de 1931 hasta el primero de marzo de 1932, con el viento a favor, y Zugazagoitia emprendió la nueva etapa sin ninguna hipoteca, libre de deudas y con una redacción satisfecha por el éxito económico y de difusión que acompañó a los dos números extraordinarios que salieron a la calle el 1º de Mayo y en los primeros días de agosto de 1932. En huecograbado y con firmas de gran fuste, como fueron celebrados por algunos colegas de la prensa madrileña -entre otras, las de León Blum, Paul Faure, Luis Araquistain, Indalecio Prieto, Antonio Espina, Gregorio Marañón- la tirada llegó a 122.876 ejemplares en el número dedicado a la fiesta de la clase obrera y superó, con sesenta y dos páginas llenas de dibujos, grabados y fotografías, los 155.000 ejemplares en el dedicado a declarar “Guerra a la Guerra”. Y por lo que se refería a las retribuciones de sus empleados, días antes del nombramiento del nuevo director, el 14 de enero de 1932, la comisión ejecutiva había dejado constancia en el acta de su reunión del agradecimiento de tres jóvenes redactores, Isidro Rodríguez Mendieta, Santiago Carrillo y Pedro Martín Puente, por haber atendido su petición de aumento de sueldo. Las mejoras alcanzaron también al personal de administración, para el que Félix Galán solicitó a la comisión ejecutiva el establecimiento de la semana inglesa, con un turno de guardia cada sábado, y la formalización de contratos con arreglo a la bases de trabajo aprobadas por el jurado mixto de Artes Gráficas<sup>9</sup>.

Pero volvamos al Congreso, a escuchar al nuevo director cuando ya llevaba siete meses al frente del periódico y, a la vista de los espectaculares resultados obtenidos, esperaba de los delegados presentes una lucida ratificación de su nombramiento. Partía Zugazagoitia de una concepción del periódico como “órgano fundamental de expresión y de conquista con que al presente cuenta el Partido” y, más aún, como “el único medio seguro, positivo,

---

<sup>9</sup> Acta de la reunión de la Comisión ejecutiva de 15 de septiembre de 1932.

con que cuenta el Partido para hacer nuevo copio de adeptos”. De modo que el principio rector de la dirección consistía, por una parte, en dotarlo de todos los medios para que pudiera cumplir esa misión o, más exactamente, tomar la iniciativa para contar con esos medios, puesto que la posibilidad de contratarlos no le correspondía a él, sino a los órganos dirigentes del partido. Tal era la consecuencia que se derivaba de su “doctrinal del partido”, pero había otro “doctrinal” de tipo periodístico, su “doctrinal del periódico”, y si, como derivado del primero, Zugazagoitia había recalcado la función de *El Socialista* como órgano de propaganda y captación de adeptos, en este segundo insistirá en su función como “órgano de difusión de noticias”.

De estos dos doctrinales, político uno, profesional el otro, deducía Zugazagoitia, mejor dotado para la escritura que para la oratoria, las tareas que el periódico tenía pendientes. La primera, sobre la que ya habían llamado la atención el comité nacional en su reunión de mayo de 1931, contar con una fuente de información propia, una agencia de noticias, que no lo hiciera depender de informadores voluntarios, no profesionales, incapaces de medir la importancia de las noticias que transmitían y tantas veces quejosos de que no se encontrara un hueco para ellas, ni tampoco de las agencias de noticias burguesas, que siempre introducían un sesgo político, de clase, en sus despachos. Ciertamente que, mientras esta meta no pudiera alcanzarse, más valía contar con alguna agencia que no tener ninguna y verse obligados a copiar tarde y mal lo que otros habían publicado a su debido tiempo. Por el momento, la comisión ejecutiva inició negociaciones con la agencia United Press con el propósito de firmar un acuerdo que, tras un periodo de prueba, no llegó a confirmarse por la carestía del servicio.

En el mismo orden de cosas, Zugazagoitia se mostró de acuerdo con el informe preparado por el comité nacional para el congreso cuando sugería el retorno de la salida a la calle del periódico por la tarde, en lugar de hacerlo por la mañana, lo que obligaba a un cierre muy temprano si quería llegar a los pueblos a primera hora del día siguiente. Salir por la tarde permitiría recoger más noticias sin retrasar la llegada a la gran mayoría de sus destinatarios, aunque en Madrid los periódicos vespertinos no gozaran de idéntico predicamento que los matutinos. En fin, y dentro de las mejoras materiales, el principal motivo de interés del nuevo director consistía en dotar al periódico



de una imprenta propia y, mientras no fuera posible por escasez de recursos, adquirir una nueva rotativa: en su doctrinal periodístico ocupaba el primer puesto “situar al periódico en un nivel tipográfico absolutamente superior al que se encuentra actualmente”, una meta que en las actuales circunstancias resultaba imposible de alcanzar “porque los elementos con que se trabaja, que acaso conociera o saludara el descubridor de la imprenta, son elementos absolutamente inadecuados”.

Tirar más ejemplares para atender una demanda creciente; aumentar el número de páginas, comunicar más noticias sobre materias más variadas de las que en esos momentos podía atender el periódico; elevar el nivel tipográfico, como había tenido ocasión de mostrar en los número extraordinarios que había sacado a la calle con motivo del 1º de Mayo y del aniversario de la Gran Guerra, en los primeros días de agosto: ese era el programa con el que Zugazagoitia se presentó en el congreso del Partido en octubre de 1932. Y eso fue lo que reafirmó en su respuesta a la intervención del anterior director, Andrés Saborit, cuando este insinuó que el periódico había ganado en estética pero había perdido en moral. “Allí donde yo esté -respondió el nuevo director, desafiante- las cosas que existan ganarán en moral, porque yo, si soy algo en el mundo, soy un hombre moral.” Era además otras cosas, por ejemplo, un escritor, pero no un literato, como le había llamado Saborit: “¡Literato, no! ¡Escritor, sí!”, le respondió, y lo era, desde luego: un trabajador que había “formado su pluma afilándola en las columnas de *La lucha de clases*, de Bilbao”<sup>10</sup>.

Zugazagoitia fue confirmado como director del periódico por el congreso, con el respaldo de delegados que representaban 24.467 votos, sin que ningún otro candidato disputara el puesto. Francisco Largo Caballero, a la sazón ministro de Trabajo del gobierno de la República, fue elegido para la presidencia de la comisión ejecutiva por 15.817 votos -frente a 14.261 que obtuvo Julián Besteiro- y el anterior presidente, Remigio Cabello, salió elegido vicepresidente con 15.087. Enrique de Francisco, secretario-tesorero, Juan Simeón Vidarte, vicesecretario y Pascual Tomás secretario de actas, completaban los cargos de la ejecutiva. Las vocalías recayeron, por orden de

---

<sup>10</sup> Todo esto, en *Actas de las sesiones del XIII Congreso ordinario*, cit.

votos obtenidos, en Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto, Manuel Cordero, Anastasio de Gracia, Wenceslao Carrillo y Antonio Fabra Ribas. Una comisión ejecutiva, pues, muy política, que contaba, también por vez primera en la historia del PSOE, con tres ministros entre sus miembros y de la que había quedado excluido el sector liderado por Julián Besteiro, presidente de las Cortes, que por el momento mantenía la presidencia y la mayoría en la comisión ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, desde donde persistió en su política de aislamiento obrerista, reticente como ya lo era desde la experiencia revolucionaria de 1917 a la coalición de los socialistas con los republicanos.

#### AÑOS DE CONSOLIDACIÓN Y BONANZA

Reforzado por la lucida votación de los delegados en el XIII Congreso, y sintiéndose cómodo en sus relaciones con la nueva ejecutiva, de la que Indalecio Prieto, su mentor y jefe desde sus primeros pasos en la política y en el periodismo, era figura destacada, Zugazagoitia procedió como primera providencia a fijar los sueldos de todo el personal que trabajaba en *El Socialista*, de acuerdo con las bases de trabajo aprobadas por el Jurado Mixto de Artes Gráficas, como ya lo había decidido la dirección del partido. En la redacción, los sueldos oscilaron entre las 200 pesetas mensuales de Segundo Serrano Poncela, el más reciente de los redactores de plantilla, y las 1.000 asignadas al mismo Zugazagoitia. 450 pesetas percibían los más veteranos redactores: Ramón Martínez Sol, Antonio Atienza de la Rosa y Antonio Izquierdo; 400, Gabriel Mario de Coca; 350, el dibujante y caricaturista del periódico José María Arribas; 300, los jóvenes recién incorporados a la redacción, Pedro Martín Puente, José María Aguirre, Santiago Carrillo e Isidro Rodríguez Mendieta; y 250 Manuel Albar, Gómez y el encargado de cine y espectáculos Boris Bureba. La nómina de la redacción ascendía, pues, a 5.850 pesetas mensuales, a las que era preciso añadir 5.011 pesetas destinadas a los sueldos de la administración, encabezada por Félix Galán, con 700 pesetas mensuales, y en fin, otras 750 pesetas asignadas a varios colaboradores, entre los que se contaba, con 250 pesetas, Jorge Moya y Francisco Cruz Salido, autor con firma de unas “Glosas ingenuas” de frecuente periodicidad. En total, el número de trabajadores que se afanaban en el piso

de Carranza, 20 y percibían una retribución fija, desde 35 a 1.000 pesetas, era de 41 y el importe de sus nóminas ascendía en enero de 1933 a 11.596 pesetas mensuales, una cantidad muy alejada de lo que pagaba el periódico en tiempos de la dictadura. La República, en efecto, había traído, con el aumento de las ventas, una ampliación de la redacción y mejoras salariales para todos los trabajadores del periódico<sup>11</sup>. Lo importante, con todo, era que por vez primera en su historia, *El Socialista* contaba con una redacción profesional, discretamente retribuida, en la que convivían periodistas veteranos y jóvenes, apoyados en una administración competente.

Quedaba la rotativa y el local en que poder instalarla, primera de las preocupaciones del nuevo director, que había emprendido la ardua tarea de preparar aquellos exitosos números extraordinarios con la idea de convencer a sus correligionarios que publicar otro periódico era posible: mejorar la impresión, llenar páginas con grabados y dibujos, atraer a firmas destacadas. Solo faltaban los medios materiales, porque los humanos ya estaban reunidos. El precio de la rotativa sobre la que se iniciaron conversaciones con una casa suiza<sup>12</sup>, era aproximadamente de seiscientas mil pesetas, de las que un tercio habría de pagarse a la firma del contrato, y el resto al término de la construcción de la máquina, en 24 letras que serían abonadas con un interés del siete por ciento; en conjunto, una cantidad muy alejada de los presupuestos, más bien modestos, que manejaba el periódico, la Gráfica Socialista y el mismo partido, con un activo en su balance de situación en 31 de diciembre de 1932 de 155.475 pesetas. Nada acostumbrados a endeudarse para acometer empresas de este calado, la costumbre en estos casos era lanzar una campaña de recogida de dinero, una colecta o suscripción, que Zugazagoitia, como ya quedó indicado, emprendió por su cuenta y riesgo, con resultados de los que fue dando detallada y puntual noticia en las columnas del periódico. 1933 quedó declarado a bombo y platillo desde la primera página de *El Socialista* como “¡El año de la rotativa!”, y así apareció en la cabecera del periódico, al lado de la fecha, desde el 21 de enero hasta el 31 de diciembre de ese año.

---

<sup>11</sup> Todos los datos, en Acta de la reunión de la Comisión ejecutiva de 11 de enero de 1933.

<sup>12</sup> Acta de la reunión de la Comisión ejecutiva de 11 de enero de 1933.

Los donativos fueron numerosos y hasta en algún caso muy generosos, como los de 5.000 pesetas enviadas por la Federación de la Edificación, por la comisión ejecutiva del partido y por el Grupo parlamentario socialista, o las 10.000 que hizo llegar la comisión ejecutiva de la Unión General de Trabajadores. En su reunión de 12 de julio de 1933, los dirigentes del PSOE ya se sintieron en condiciones de expresar su conformidad con los plazos y las fechas de la entrega de la rotativa: el 12 de septiembre estará terminado el equipo electrónico y el 15 estará lista la máquina para comenzar las pruebas que habrán de extenderse durante dos semanas, de modo que el día 10 de octubre ya podría cargarse en el vagón que habría de trasladarla de Berna a Madrid, un viaje que en estimación de la ejecutiva podría durar de diez a treinta días, dependiendo de “cómo vaya la construcción de locales” en los que habría de montarse en el plazo de otros veinte días. Total, que con una cosa y con otra, a mediados de 1933 se daba por seguro que la rotativa podría entrar en funcionamiento desde el primer día del año siguiente.

Pero fue por el lado de los locales por donde habrían de surgir los problemas, porque medio año después de aquellas perspectivas de plazos y fechas, la comisión ejecutiva se vio obligada a facultar a la secretaría para que emprendiera gestiones con el propósito de encontrar un local donde instalar debidamente la nueva rotativa. Las obras que se realizaban en la finca propiedad de la Institución Pablo Iglesias en la calle Trafalgar, número 31, de Madrid, andaban muy retrasadas. En esa finca, en efecto, que había sido donada por la familia de Dámaso Gutiérrez Cano, era donde se había previsto domiciliar en 1932 la Institución Pablo Iglesias, con objeto de instalar allí la rotativa, además de la administración y redacción de *El Socialista*, que abandonaría su domicilio histórico en la primera planta del edificio de Carranza, número 20. El periódico, por su parte, dejaría de imprimirse en la vieja imprenta de San Bernardo, 92, que los militantes y amigos del partido habían ido comprando, céntimo a céntimo, en los días de la dictadura, para instalar en ella la Gráfica Socialista. “Era una máquina renqueante, llena de alifafes, cansina y esmaltada de mataduras como una mula vieja, moviendo los cangilones de una noria”, recordará nostálgico Manuel Albar, el día siguiente

de su destrucción por un bombardeo a finales de marzo de 1937<sup>13</sup>. Pero las obras en la finca de la calle Trafalgar iban despacio, y transcurrido un año desde el comienzo de la campaña, con los pagos efectuados y la rotativa lista para entrar en funcionamiento, no se veía su fin, que todavía habría de demorarse tres años más debido a las indeseadas, pero previsibles, consecuencias de la revolución de octubre de 1934.

Mientras tanto, *El Socialista* mantuvo sus seis páginas de 60 por 43 y sus siete columnas por página, aunque fue cada vez más habitual que los artículos de fondo, firmados o no, jugaran con diferentes grosores, de modo que apareciera más variado y ágilmente distribuido el espacio, sobre todo en la primera y la última páginas y en las destinadas a reproducir literalmente, tomados por expertos taquígrafos, los discursos pronunciados por los principales dirigentes del partido: Largo Caballero, Prieto o Fernando de los Ríos, y más circunstancialmente, por los de líderes republicanos más cercanos al partido socialista, como ocurría a menudo con los de Manuel Azaña; no por nada, engrosaba Zugazagoitia el grupo de “socialistas azañistas que había en las Constituyentes”, según anotación del mismo Azaña<sup>14</sup>. Ni que decir tiene que *El Socialista* siguió de cerca y dedicó páginas enteras a los debates sobre las cuestiones que ocuparon a las Cortes Constituyentes durante toda su corta vida: la reforma agraria, el estatuto de autonomía de Cataluña, el orden público, los incidentes militares, la ley de Congregaciones y órdenes religiosas, a los que se añadió la defensa de las posiciones del partido en todos los avatares por los que atravesó la coalición de los socialistas con los republicanos y se prodigaron las manifestaciones de su abierta hostilidad hacia el Partido Radical y a su principal líder, Alejandro Lerroux. En resumen,

---

<sup>13</sup> Manuel Albar, “La vieja imprenta de la calle de San Bernardo”, *El Socialista*, 1 de mayo de 1937. De los orígenes de la Fundación Pablo Iglesias y su inscripción como Institución Pablo Iglesias tratan Aurelio Martín Nájera y Antonio González Quintana, “La Fundación Pablo Iglesias: apunte histórico y fondo documental”, en *Estudios de Historia Social*, 18-19 (julio-diciembre 1981) pp. 297-301. Sobre la Gráfica Socialista, Francisco de Luis Martín, *La cultura socialista en España, 1923-1930*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1993, pp. 195-198.

<sup>14</sup> “Vasco taciturno, siempre se me ha mostrado muy deferente y respetuoso”, aunque “no vio con placer” la candidatura de Azaña por Bilbao en las elecciones de 1933, “que le costó a él ser derrotado”, anotó el mismo Manuel Azaña el 31 de mayo de 1937 en su diario: *Obras completas*, ed. de Santos Juliá, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, vol. 6, p. 320.

*El Socialista*, durante estos años fue, a todos los efectos, el periódico de la comisión ejecutiva del partido, bien interpretada en su política de consolidación de la República por su competente equipo de redactores y por su director.

A esta preferente atención al debate y a la información política, añadió el periódico una sección dedicada a teatros, cine, deportes y espectáculos, generalmente ilustrada con alguna fotografía, por ejemplo, de Paulette Goddard, que “es un encanto de mujer y tiene -¡vaya mérito!- el pelo rubio-platino”. Mantuvo por lo demás la información sobre el “Movimiento obrero”, con notas de la actividad sindical y corporativa, que había sido preferente en los tiempos de la dictadura y que ahora se veía limitada a un lugar secundario; y dedicaba, sobre noticias de agencia, algunas columnas a información internacional. Aumentó el espacio dedicado a publicidad, con variados anuncios diseminados por páginas interiores, en la parte inferior, de restaurantes, sastrerías y confecciones, y de callicidas o píldoras contra el estreñimiento. Un dibujo de Arribas, en el que normalmente aparecían dos sujetos conversando, servía de comentario gráfico a algún tema de actualidad.

La identificación del periódico con la comisión ejecutiva, y la de esta con el gobierno de la República, las evidentes mejoras introducidas en la redacción y la administración y el mayor atractivo –sin exagerar– y variedad de sus páginas, aparte del considerable aumento de “adeptos” al partido obrero, que en diciembre de 1932 alcanzaban la cifra de 74.811 afiliados, explican el periodo de bonanza y expansión del periódico, que en el último trimestre de 1932 presentó un “beneficio” de 23.725 pesetas, de las que 11.951 correspondían al “beneficio industrial” y el resto a donativos. Al desgranar ante la comisión ejecutiva los datos de venta correspondientes a los últimos meses de 1932, el administrador confirmó que el término medio de la tirada del mes de octubre había sido de 31.897 ejemplares, con un descenso en noviembre a 30.575. En Madrid, la venta diaria había sido de 3.272 ejemplares en octubre y de 2.626 en noviembre.

#### GRAN EXPANSIÓN Y CIERRE

La marcha del periódico reanudó su ascenso durante el año siguiente y se aceleró tras la retirada de la confianza del presidente de la República,

Niceto Alcalá-Zamora, al presidente del gobierno, Manuel Azaña, la “abierta ruptura” de su coalición con los republicanos solemnemente declarada por los socialistas en la reunión de la comisión ejecutiva de 11 de septiembre de 1933, confirmada por el comité nacional celebrado una semana después, y los malos resultados cosechados en las elecciones de octubre y noviembre del mismo año. No parece que el anuncio proclamado por Indalecio Prieto desde las Cortes y reproducido a toda página por *El Socialista*, de “desencadenar la revolución” si la CEDA entraba en el gobierno, ni las llamadas de “atención al disco rojo” con su rechazo de la concordia y su consigna de guerra de clases, ni la dura campaña emprendida desde principios del verano contra la renovación de la coalición con los republicanos, en la que Julián Zugazagoitia dejó su sello personal en varios editoriales, hayan repercutido negativamente en la difusión del periódico<sup>15</sup>.

Más bien ocurrió lo contrario: el día de enero de 1934 de mayor tirada, *El Socialista* alcanzó la extraordinaria cifra de 74.460 ejemplares, que llegarían a 78.840 en el mejor día de ventas registrado en abril del mismo año, con un mínimo que no bajó de 68.000 en enero y que en abril quedó en 68.825, cifras que doblaban la tirada media de dos años antes y que se aproximaban al número de afiliados del partido en los mismos meses. El contenido y el tono de editoriales y artículos de fondo puede adivinarse si se recuerda que entre el 6 de octubre de 1933 hasta el 30 de junio de 1934 el total de denuncias con la consiguiente recogida del periódico ascendió nada menos que a 64, con el quebranto económico que su administrador lamentaba<sup>16</sup>: una recogida cada cuatro días, aproximadamente, lo cual no fue óbice para que el Comité Nacional del partido, reunido el 29 de septiembre de 1934 aprobara la gestión del periódico y dejara constancia del agrado con que veía “la próspera situación de nuestro diario a pesar de la persecución de que es objeto”<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> “¿Concordia? No. ¡Guerra de clases! Odio a muerte a la burguesía criminal. ¿Concordia? Sí, pero entre los proletarios de todas las ideas que quieran salvarse y librar a España del ludibrio. Pase lo que pase ¡atención al disco rojo!”, así terminaba el suelto “No puede haber concordia. ¡Atención al disco rojo!”, *El Socialista*, 3 de enero de 1934. También: “Denuncia de la República. Ni vestida ni desnuda nos interesa”, *El Socialista*, 28 de julio de 1934.

<sup>16</sup> Acta de la reunión de la Comisión ejecutiva de 11 de julio de 1934.

<sup>17</sup> Acta de la reunión celebrada por el Comité Nacional del Partido Socialista el día 29 de septiembre de 1934, Fundación Pablo Iglesias, Archivo Histórico.

Podría decirse, pues, que la radicalización de las posiciones políticas y las frecuentes recogidas no sólo no perjudicaron a la difusión del diario sino que fueron el principal motivo de su venta masiva: nunca antes, ni después, alcanzaría *El Socialista* esas cifras de ventas.

Pero este periodo de prosperidad en las cuentas, en la tirada y en la venta quedó bruscamente interrumpido con el ejemplar número 8.008, de jueves, 4 de octubre de 1934, en el que aparecía destacado un llamamiento a los trabajadores a “una subordinación absoluta a los deberes que todo el proletariado se ha impuesto” recordándoles que “la victoria es aliada de la disciplina y de la firmeza”. En el texto que seguía a este llamamiento se afirmaba que “transigir con la CEDA en el poder es conformarse buenamente con la restauración borbónica” y se reproducía la consigna de “Ni un paso atrás” que ya el día anterior a la inminente solución de la crisis de gobierno con la incorporación de tres ministros de la CEDA, había proclamado *El Socialista*. A estas llamadas a seguir disciplinadamente las órdenes de revolución con las que la comisión ejecutiva del partido obrero había anunciado que respondería a la entrada del partido católico en el gobierno de la República, el gobierno respondió con la recogida del periódico y la prohibición de salir de nuevo a la calle.

No dejaron pasar mucho tiempo los miembros de la comisión ejecutiva que no habían sido encarcelados, y muy particularmente el vicesecretario Juan Simeón Vidarte, que por su pertenencia a la masonería mantenía buenas relaciones con miembros del Partido Radical, en iniciar gestiones para el levantamiento de la prohibición y, en caso de que se mantuviera la suspensión, para publicar un nuevo diario. De esas gestiones, el mismo Vidarte daba cuenta a los dirigentes encarcelados- Largo Caballero, de Francisco, Pascual Tomás y Wenceslao Carrillo- que por su parte aceptaron la sugerencia de publicar un nuevo diario, que acordaron unánimemente titular *Adelante*, y comunicar a Julio Álvarez del Vayo que verían “con gusto que lo dirigiese”. Álvarez del Vayo tampoco debió de perder ni un minuto en realizar las gestiones pertinentes porque no bien pasado un mes desde el acuerdo que lo convertía en director del proyectado diario recibió una carta del presidente del Consejo de Ministros comunicándole el acuerdo del gobierno contrario a autorizar la salida del nuevo periódico. “La no aparición de nuestro periódico



*Adelante*”, escribía Fernando de los Ríos a Indalecio Prieto, “nos hace daño [...] la tirada habría sido sólo para Madrid, según los pedidos, 80.000 ejemplares; ¡y había incluso anuncios!”<sup>18</sup>.

El Partido Socialista se quedó, pues, sin órgano oficial que expresara la posición de la comisión ejecutiva en un momento crucial de la política republicano, cuando menudeaban los conflictos internos que dividían a los dirigentes del partido y de la Unión, los requerimientos de coalición, frentes o alianzas de que eran objeto por comunistas o por republicanos y, en fin, las intermitentes crisis de gobierno que sacudían las siempre difíciles relaciones entre radicales y católicos. La ausencia de un órgano oficial se hizo más notoria por la aparición de lo que sólo puede denominarse como órganos de facción, publicados sin control alguno de la ejecutiva. Los dirigentes de la Unión General de Trabajadores que habían sido derrotados y quedaron excluidos de la nueva ejecutiva en el comité nacional celebrado en enero de 1934 –Julián Besteiro, Andrés Saborit, Lucio Martínez Gil, Trifón Gómez, entre otros- comenzaron el 15 de junio de 1935 a exponer sus posiciones políticas en un nuevo semanario, titulado *Democracia*, que pronto entró en deuda con Gráfica Socialista. Por su parte, el sector que se había aglutinado en torno a Francisco Largo Caballero y que comprendía a los miembros de la ejecutiva del partido encarcelados –Enrique de Francisco, Pascual Tomás y Wenceslao Carrillo- además de los dirigentes de las Juventudes Socialistas –Santiago Carrillo, Segundo Serrano Poncela- y el grupo de intelectuales que desde mayo de 1934 publicaban, bajo el liderazgo de Luis Araquistain, la revista mensual *Leviatán*, decidió, también sin autorización de la ejecutiva, publicar otro semanario, *Claridad*, que en lo económico siguió la senda de su competidor: contraer deudas con Gráfica Socialista, de manera que ambos directores fueron requeridos para que “en adelante cada nuevo encargo vaya acompañado de su importe más alguna cantidad a cuenta de atrasos”<sup>19</sup>. Dirigido por Carlos de Baraibar, incluía en su primer número, de 13 de julio de

---

<sup>18</sup> La carta del presidente del Consejo de Ministros, Alejandro Lerroux, se leyó en la reunión de la ejecutiva de 17 de diciembre de 1934, según consta en Acta. La carta de Fernando de los Ríos, de 24 de diciembre de 1934, en *Indalecio Prieto - Fernando de los Ríos. Epistolario, 1924-1948*, ed. de Octavio Ruiz Manjón, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, p. 5.

<sup>19</sup> Acta de la reunión de la Comisión ejecutiva de 9 de octubre de 1935.

1935, un artículo de Luis Araquistain, titulado “¿Qué democracia?”. *Memocracia* era la nueva categoría política, inédita, que a Aristóteles no se le había ocurrido, pero que Araquistain proponía para bautizar a quienes propugnaban una democracia ideal, situada por encima de las clases, o sea, la que sin nombrarlos atribuía al grupo editor de *Democracia*<sup>20</sup>.

Poco después del comienzo de esos rifirrafes entre *Claridad* y *Democracia*, que persistirán hasta la desaparición de esta última en diciembre de 1935, el director de *El Socialista* comunicaba a la ejecutiva haberse trasladado a Bilbao para trabajar en *El Liberal* por la imposibilidad en que se encontraba de seguir en Madrid, dadas las dificultades de orden económico que sufría tras el acuerdo de la ejecutiva de no abonar los sueldos a los miembros de la redacción que no estuvieran en la cárcel. Zugazagoitia lo estuvo, con Albar y Cruz Salido, hasta el 15 de febrero, y la ejecutiva acordó abonarles todo el mes. Pero luego, se acabó el sueldo y se fueron apagando las expectativas de un pronto levantamiento de la suspensión del periódico. Dos meses antes de volver a Bilbao, a principios de junio, Zugazagoitia había creído que la reanudación era inminente y dirigió una carta a la comisión ejecutiva solicitando orientación sobre algunos puntos concretos. Reunida en la cárcel, la ejecutiva respondió que el tono del periódico debía ser el que correspondía al órgano oficial del partido “que servía a principios definidos y a acuerdos que solo podía rectificar un congreso.” Más concretamente, le indicó que las Alianzas obreras estaban autorizadas pero que no era “cosa de hacer de ellas objeto principal del comentario periodístico”. Por lo que se refería a la actitud ante los comunistas, debía quedar condicionada al trato que de ellos recibieran, aunque era su deseo “mantener con todos los grupos obreros buena relación de cordialidad sin detrimento de la respectiva independencia” a la espera de que se borrasen todas las diferencias que los separaban. Y respecto a los republicanos, la ejecutiva creía que aun existiendo motivos para enjuiciarlos severamente, parecía que los momentos actuales aconsejaban “que en nuestras relaciones se mantenga un tono de cordialidad”, en el bien entendido de que “todo enjuiciamiento, en cualquier sentido, del tema electoral es prematuro”. En fin, la ejecutiva recordaba al director de *El*

---

<sup>20</sup> Luis Araquistain, “¿Qué democracia?”, *Claridad*, 1, 13 de julio de 1935.

*Socialista* que “en buena doctrina, el Partido, en cuanto tiene principios, programa y acuerdos, no puede reconocer tendencias.” Las personas o los grupos que actuaran con determinada tendencia -finalizaban las indicaciones-, cuya existencia no debemos negar ni menos suprimir, será con propósito modificar acuerdos, pero el deber de sus representantes oficiales es el de defenderlos y hacerlos respetar.

Fechadas el 17 junio 1935 estas orientaciones, que reflejan con exactitud la política de esperar y ver en relación con las Alianzas Obreras, el Partido Comunista y la izquierda republicana que caracterizaba a los miembros de la comisión ejecutiva encarcelados, no tuvieron ocasión de plasmarse en el diario. A pesar de las buenas palabras que recibían cada vez que realizaban una gestión, las reclamaciones para conseguir la reaparición de *El Socialista*, presentadas sin interrupción desde noviembre de 1934 por miembros de la ejecutiva, diputados, director, administrador y redactores del periódico, no tuvieron resultados favorables, según afirmaba el “Orden del día de la reunión ordinaria que el Comité Nacional habría de celebrar el 16 de diciembre de 1935”. Allí se recordaba también que, ante el fracaso de todas esas gestiones, se pensó publicar un diario “con sustitución de nombre, dirección y domicilio”, naturalmente con carácter provisional. Las promesas del Gobierno a este respecto fueron esperanzadoras, pero quedaron incumplidas: nunca hubo un sustituto para *El Socialista*. “Han continuado las visitas al ministro de la Gobernación y a los diferentes presidentes del gobierno, se han utilizado todas las ocasiones y medios decorosos y razonables para que el diario volviese a aparecer, pero siempre con resultado negativo”, terminaba la memoria del Comité Nacional, que de manera inesperada vio de nuevo el periódico en la calle dos días después de iniciar su histórica reunión de 16 de diciembre de 1935.

#### CRISIS Y ESCISIÓN

Histórica porque en ella tomó carta de naturaleza, convirtiéndose en una escisión de hecho, la división que durante todo el año 1935, y a consecuencia de la revolución de octubre de 1934 y de las políticas que el PSOE habría de seguir en el futuro, había caracterizado las relaciones, a distancia, de los dos miembros más destacados de la comisión ejecutiva

elegida en el XIII Congreso, en octubre de 1932: Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto. A causa, aparentemente, de un asunto menor -el control por la ejecutiva de las decisiones de la minoría parlamentaria- Largo Caballero había presentado ya su dimisión en septiembre de 1934, en vísperas de los graves acontecimientos que se anunciaban. Retirado entonces el acuerdo del comité nacional en el sentido de obligar a la minoría parlamentaria a seguir las instrucciones de la comisión ejecutiva, y anulada en consecuencia la dimisión de Caballero, la cuestión volvió a plantearse en esta reunión de diciembre de 1935, traída por Prieto con el evidente propósito de provocar una segunda dimisión de Caballero, que al tomar noticia de la trampa que se le tendía, cayó en ella y arrastró en su dimisión a los compañeros que compartían con él cárcel y política: Enrique de Francisco, Pascual Tomás y Wenceslao Carrillo, dejando a Prieto manos libres para proceder según su criterio en la forja de la nueva coalición, ya muy avanzada, con los partidos Izquierda Republicana, de Manuel Azaña, y Unión Republicana, de Diego Martínez Barrio<sup>21</sup>.

La crisis interna provocada por la dimisión de Largo Caballero y de sus compañeros en la dirección del partido estaba directamente relacionada con la crisis de gobierno que puso fin a los dos años de coalición del Partido Radical con la CEDA y el nombramiento el 14 de diciembre de Manuel Portela Valladares como presidente del gobierno, con el encargo de disolver las Cortes y convocar nuevas elecciones. El gobernador civil de Madrid comunicaba el 17 de diciembre a la dirección de *El Socialista* que había recibido una nota del ministro de la Gobernación –que lo era el mismo presidente del gobierno– diciéndole que, “desaparecidas las causas que motivaron la suspensión del periódico de esta capital *El Socialista*, sírvase V. E. dar las órdenes oportunas para que dicho periódico pueda reanudar, desde luego, su publicación”. El día siguiente, 18 de diciembre, catorce meses y catorce días después de su última aparición (catorce meses bien corridos, como decía el “Saludo a sus viejos amigos”) pudo por fin *El Socialista* encontrarse de nuevo con sus lectores. Del editorial de su número 8.008, “La República acogotada”, y del llamamiento a

---

<sup>21</sup> De todo esto he tratado con más detalle en *La izquierda del PSOE, 1935-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1977, y en *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1996.

la clase obrera al cumplimiento de su deber, el primer número reaparecido, el 8.009, pasó a la proclamación de “Una consigna clara: Unidad inquebrantable”, buena prueba de que era la unidad precisamente lo que acababa de saltar por los aires en la reunión del comité nacional iniciada dos días antes<sup>22</sup>.

Las consecuencias de aquellas divisiones, agravadas durante el tiempo de su suspensión, fueron para *El Socialista* inmediatas: mantener la fidelidad a la comisión ejecutiva significaba defender la línea política encarnada por Indalecio Prieto, abiertamente enfrentada a la que defendía el grupo dimisionario. La hostilidad entre las dos facciones se mantuvo soterrada hasta la celebración de las elecciones que dieron el triunfo a la coalición de izquierdas, llamada ahora Frente popular. Desde ese momento, y durante todo el primer semestre de 1936, la historia de *El Socialista* fue la del órgano oficial de un partido profundamente dividido no sólo en lo que se refería a las estrategias políticas –sentido y alcance de la coalición con los republicanos, posible participación en el gobierno, alianzas obreras sindicales, unidad con los comunistas, elección del nuevo presidente de la República- sino al control de los órganos de dirección, debilitados críticamente en un momento de fuertes tensiones sociales y políticas. Julián Zugazagoitia volvió, como había prometido, a su puesto y participó, al lado de Indalecio Prieto y de los cargos renovados de la ejecutiva, en los combates que los enfrentaron duramente, desde *El Socialista*, con *Claridad*, y que tendrían una representación algo más que simbólica en el parque del Retiro de Madrid cuando él y Luis Araquistain llegaron a las manos en la mañana del 10 de mayo de 1936 con ocasión de la elección de Manuel Azaña como presidente de la República. Una brecha profunda entre dos periódicos diarios que reflejaba una escisión de hecho en el partido, desde la cima a la base, que solo un congreso podría solventar.

La escisión quedó reflejada en los contradictorios resultados que *El Socialista* y *Claridad* –convertido en “diario de la noche” desde el 6 de abril

---

<sup>22</sup> “Una consigna clara: unidad inquebrantable” y “Al reaparecer. Saludo a los viejos amigos”, *El Socialista*, 18 de diciembre de 1935. Presidía la primera página una foto de Pablo Iglesias y cerraba la sexta una aleluya de José Robledano en la que su personaje Cayetano volvía a sonreír.

de 1936<sup>23</sup>- ofrecieron de diferentes votaciones realizadas entre los militantes del partido. La primera, para reponer los cargos de la comisión ejecutiva vacantes desde las dimisiones de Largo Caballero y de sus partidarios en diciembre de 1935, dieron como resultado, según *El Socialista* de 1 de julio de 1936, el triunfo para la presidencia de Ramón González Peña, por 12.088 votos (de los que 1.155 fueron nulos) contra 10.624 (de los que se anularon 7.442) cosechados por Francisco Largo Caballero. *Claridad*, por su parte, informaba el mismo día que Largo Caballero, con 21.965 votos, Álvarez del Vayo y Enrique de Francisco había sido los elegidos y daba por formada una nueva ejecutiva escindida de la oficial. Por *El Socialista* de 15 de julio sabemos también que los afiliados cotizantes del PSOE eran en ese momento 59.864, de los que sólo 13.427 habrían votado válidamente a favor de la convocatoria de un congreso extraordinario, quedando así muy lejos del quórum necesario para que la ejecutiva oficial se viera obligada a preparar la convocatoria. La resolución del conflicto abierto desde diciembre del año anterior quedaba, pues, pendiente para el congreso que la ejecutiva presidida por González Peña tenía previsto convocar en el mes de octubre.

El congreso nunca llegaría a celebrarse y *El Socialista* continuó su publicación como órgano oficial del partido, mientras *Claridad* se convertía en órgano oficial de la Unión General de Trabajadores, de la que Largo Caballero todavía ostentaba la presidencia. Julián Zugazagoitia, que continuó a su frente, recordará, desde su exilio en París, la noche de 7 de noviembre, cuando Indalecio Prieto, ante el inminente abandono de la capital por el gobierno presidido desde el 5 de septiembre por Francisco Largo Caballero y del que Prieto era ministro de Marina y Aire, le preguntaba: “¿Y usted qué piensa hacer? Quedarme, le respondí.” Realmente, nunca lo dudó, como tampoco, para su desgracia, dudaría en no abandonar París ante la entrada de los ejércitos alemanes en 1940: su deber de periodista se imponía sobre la sensación de peligro. “Nuestro periódico –le dijo Prieto- no puede dejar de publicarse. Una suspensión en estas circunstancias significaría su acabamiento.” Y por lo demás, ¿a qué compañero podía decirle que le

---

<sup>23</sup> Para las gestiones que condujeron a la aparición del nuevo diario, Amaro del Rosal, “El 50 aniversario de *Claridad*”, en *Claridad*, primavera de 2005, Cuarta etapa, pp. 65-69.

sustituyera en su puesto sin exponerse a que le replicara que su vida no era menos valiosa que la suya? “Tengo que quedarme. Es una obligación de mi cargo”. Con Zugazagoitia se quedó Manuel Albar, “y él y yo habríamos de correr, mano a mano, con el trabajo de redactar, de una a otra punta, el periódico”. Los otros redactores, Federico Angulo y Manuel Pastor “estaban haciendo la guerra”, el primero de ellos al mando de una columna de milicianos a la que bautizó con el nombre del periódico, “El Socialista”; Fernando Vázquez Ocaña “ayudaba a los secretarios de Negrín en ocupaciones de extraordinaria confianza”; Francisco Cruz Salido y Serra Crespo “se habían ausentado, los dos por poco tiempo”. “Nos quedamos”, respondió Zugazagoitia al director de *La Voz*, Enrique Fajardo, cuando le preguntó qué pensaban hacer. “Y en tanto tengamos un pedazo de papel intentaremos sacar nuestro diario”<sup>24</sup>.

#### LA MORAL EN LA GUERRA

Fue nota destacada del periódico en esas semanas de revolución y guerra su constante llamada al respeto a las vidas ajenas, su campaña por someter la guerra a una “ley moral”: “La vida del adversario que se rinde es inatacable; ningún combatiente puede disponer libremente de ella. ¿Qué no es la conducta de los insurrectos? Nada importa. La nuestra necesita serlo”, se decía en un editorial escrito seguramente por su director. Apoyaba así el periódico las continuas llamadas de Indalecio Prieto a poner una barrera moral a la ferocidad –“¡Oíd la palabra, españoles! ¡la ferocidad! ¡la ferocidad!”- que se estaba implantando en España. En su discurso a las milicias, reproducido con grandes titulares por *El Socialista*, Prieto les había transmitido una consigna que solo él se atrevía en aquellos momentos a proclamar: “El pecho, de acero para el combate, pero el corazón, abierto a la piedad”, y con su peculiar énfasis repetía: “Yo os lo ruego, yo os lo suplico. Ante la crueldad ajena, la piedad nuestra; ante la sevicia ajena, vuestra clemencia; ante todos los excesos del enemigo, vuestra benevolencia generosa”. *El Socialista* compartía esta preocupación de Prieto ante la ferocidad y la crueldad desatadas también en la República y, consciente de

---

<sup>24</sup> Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Tusquets, 2001, pp. 190-194.

que la guerra sería larga y la ayuda exterior resultaría imprescindible para ganarla, recordó una y otra vez ese deber moral que, como escribirá Zugazagoitia, “casaba con el interés material de la República, de corregir y serenar esa reacción en lo que tenía de equivocado y delirante”<sup>25</sup>.

Estas llamadas, con las continuas advertencias sobre la necesidad de unidad y disciplina para ganar la guerra, y los titulares que magnificaban las operaciones bélicas, se dirigían al público y a los combatientes desde un periódico muy disminuido en páginas y colaboradores en relación con los momentos de mayor plenitud de 1933-1934. Ahora, *El Socialista* sufría también, como toda la prensa, las penurias de papel y por un precio de 15 céntimos no podía ofrecer habitualmente más que una hoja, dos páginas impresas en un papel de pobre calidad, que los domingos se ampliaron todavía durante algún tiempo hasta cuatro, pero muy raramente a las seis habituales, aunque en ocasiones se añadían a las dos una media página y hasta una columna, práctica insólita en la tirada de periódicos. En ellas, y a pesar de que la censura había hecho, según recuerda el mismo Zugazagoitia, una declaración según la cual “si todos los periódicos siguiesen las normas de *El Socialista* no necesitaríamos ver sus galeradas”<sup>26</sup>, aparecían también, aquí y allá, espacios en blanco y todavía quedaba alguna columna para ofrecer la cartelera de teatros y cines de Madrid.

Constituye una desgraciada ironía de esta historia que, cuando más menesterosa era la publicación y cuando de menos espacio disponía, fuera precisamente cuando estuvo por fin en condiciones de iniciar su funcionamiento la famosa rotativa Winkler, adquirida gracias a las contribuciones recibidas de “nuestros camaradas”, como se decía en el suelto que anunciaba la efeméride. Fue el día 1 de febrero de 1937 cuando *El Socialista* salió por primera vez de los nuevos talleres. “Ya está en marcha la rotativa que nuestro diario adquirió con el esfuerzo de los trabajadores”, anunciaba el periódico. Su dirección y redactores habían proyectado para aquella ocasión un número extraordinario en el que la rotativa realizase el

---

<sup>25</sup> Discurso de Prieto, *El Socialista*, 9 de agosto de 1936. “La ley moral de la guerra”, *El Socialista*, 3 de octubre de 1936. Que esas llamadas iban en interés de la República lo recuerda Julián Zugazagoitia en *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 89.

<sup>26</sup> *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 293.



total de su esfuerzo. Pero no pudo ser: “Las circunstancias nos prohíben ese alarde y nos avenimos gustosos a la prohibición [...] Con poco papel impreso aspiramos a mucha utilidad moral”. Y en consecuencia, lo que representaba de esfuerzo y de logro difícil la rotativa, el esfuerzo en ella empleado, la voluntad tesonera de superar todas las dificultades se ofrecía a la consideración de los lectores como un ejemplo útil para la empresa nacional en la que estaban metidos: “siempre que seamos capaces de tensar la voluntad hasta hacerla rendir el esfuerzo teórico que se le reconoce, la victoria será nuestra”. Ninguna ambición mayor tenían los redactores del periódico como trabajadores de la pluma que conseguir que se discerniera a *El Socialista* el título de Diario de la Victoria<sup>27</sup>.

Como la victoria se alejaba y lo que quedaba del País Vasco en territorio de la República menguaba, Julián Zugazagoitia resolvió, finalizado el mes de abril, trasladarse a Bilbao, cediendo la dirección de *El Socialista* a Manuel Albar. Se trasladó a Valencia, con la esperanza de que Prieto autorizase su viaje en uno de los *Douglas* que hacían viaje a Santander. Mientras esperaba la autorización, envió desde Valencia al periódico algunas crónicas y “sonsacó” algunos dibujos a Aurelio Arteta<sup>28</sup>, hasta que finalmente pudo emprender viaje a Barcelona, donde todavía hubo de parar durante dos días, cuando los hechos de mayo todavía humeaban. De Barcelona, en fin, a Bilbao, a trabajar de nuevo en *La Lucha de Clases*, trasformada ya en diario, instalado en el edificio de *La Gaceta del Norte*. Y en esas estaba cuando una noche, a las tres de la madrugada, Francisco Cruz Salido, que se había trasladado a Bilbao desde los primeros días de la guerra, le vino a despertar para darle la noticia de su nombramiento como ministro de la Gobernación en el gobierno presidido por Juan Negrín, en el que Indalecio Prieto había sido nombrado ministro de Defensa. El gobierno vasco puso a su disposición un avión que, tras corta parada en Toulouse, aterrizó en Manises. El presidente de la República le “hizo una acogida amable y [le] animó con unas palabras de confianza”, como era por lo demás su costumbre. El mismo Azaña anotó en su

---

<sup>27</sup> “El título a que aspiramos. Ya está en marcha la nueva rotativa”, *El Socialista*, 1 de febrero de 1937.

<sup>28</sup> Julián Zugazagoitia, “El País Vasco. Paisaje ceñudo y soldados heroicos”, con dibujo de A. Arteta, *El Socialista*, 24 de mayo de 1937

diario, a propósito de la visita del nuevo ministro, que Zugazagoitia se había señalado en la dirección de *El Socialista* “desde que empezó la guerra, por la discreta reserva con que ha juzgado los acontecimientos, librándose, cuando empeoró la situación de la insana estupidez de casi todos los periódicos, tan parecidos a los del 98”, aunque no dejó de observar que en alguna ocasión tampoco *El Socialista* “se había librado de tocar a deshora las trompetas del triunfo”<sup>29</sup>.

“Deja aquí Zugazagoitia un trozo de su vida. Se lleva también un poco de la nuestra”, escribió *El Socialista*, seguramente por la pluma de Manuel Albar, que desde el primer momento había expresado al nuevo gobierno un apoyo “sin regateos”. Le despedimos, añadía, entrañablemente... “pero por poco tiempo. Y cuando vuelva, ya cumplida su misión y lograda la victoria, Zugazagoitia ocupará nuevamente su sitio y se pondrá a escribir...”<sup>30</sup>. No hubo ocasión. El director de *El Socialista* se mantuvo como ministro de la Gobernación del gobierno presidido por Juan Negrín hasta la crisis de abril de 1938 y luego, como secretario general de Defensa, cartera asumida por Negrín tras la salida de Indalecio Prieto. *El Socialista*, por su parte, mantuvo la misma línea de conducta que ya había adoptado desde diciembre de 1935 y que fue idéntica a la que adoptó sin cambio ni reticencia alguna su antiguo director: apoyar en todo a la comisión ejecutiva y al gobierno de la República. Primero, al gobierno de Negrín que sustituyó al presidido por Largo Caballero; luego, al gobierno de Negrín, a pesar de la renuncia de Indalecio Prieto: “Todos debemos apoyar sin reservas al nuevo Gobierno de unión nacional”, decía el titular a toda página, acompañado de un editorial en el que razonando “con ánimo sereno” afirmaba que “Ningún contratiempo podrá entibiar nuestra fe”<sup>31</sup>. En todas las ocasiones que se presentaron, desde Madrid y desde Barcelona, donde apareció una edición de *El Socialista* desde

---

<sup>29</sup> Zugazagoitia recuerda su azaroso viaje a Bilbao y el rápido regreso a Valencia en *Guerra y vicisitudes*, pp. 280-305. La anotación de Azaña, en *Obras Completas*, cit. p. 320.

<sup>30</sup> “El nuevo gobierno. Se le deben, sin regateos, todas las ayudas que precise” y “Zugazagoitia, ministro. ¡Adiós y hasta pronto!”, *El Socialista*, 19 de mayo de 1937.

<sup>31</sup> *El Socialista*, 6 de abril de 1938.

el 2 de mayo de 1938<sup>32</sup>, y fuera cual fuese la profundidad de la crisis que se atravesara, el diario siguió cumpliendo su función como portavoz oficial del partido, defendiendo la política de resistencia personificada en el gobierno de Negrín y prestando una atención creciente a las cuestiones de política internacional relacionadas con el curso de la guerra en España.

Esto fue así hasta los primeros días de marzo de 1939. El martes, día 7, al dar la noticia de la creación del Consejo Nacional de Defensa, *El Socialista* expresó “Ante el poder constituido” su “leal acatamiento y apoyo sin reservas”, compelido, según explicaba, por los propósitos que el Consejo Nacional de Defensa había proclamado, por la firme actitud que mostraba y por la alta estima que ostentaban las personas que lo componían. En esta actitud persistió en lo que quedaba de mes, hasta que finalmente, el 28 de marzo, en su número 9.042, y, como siempre, con titulares que cubrían toda la página, redoblaba su confianza en el Consejo recomendando a sus lectores: “Nadie acoja ni secunde otras iniciativas que las del Consejo Nacional de Defensa”. Era su último número, tirado en los talleres de Trafalgar, 31, vendido al precio de 15 céntimos, en el que se incluía información sobre un discurso de Mussolini, la reunión mantenida en Valencia por el comité nacional de la Unión General de Trabajadores, la disolución del Servicio de Información Militar y su sustitución por el Servicio de Policía Militar, y como siempre, la cartelera de teatros y cines de Madrid: *Mariquilla Terremoto*, *Qué sólo me dejas* y *Los intereses creados* eran algunas de las obras que se representaban en los teatros madrileños cuando el ejército de ocupación franqueaba las puertas de Madrid.

Y con la ocupación consumada, *El Socialista* dejó de existir. Los antiguos talleres de la calle de San Bernardo habían sido destruidos por un bombardeo a finales de abril de 1937. Y los nuevos, los de la calle Trafalgar, con la todavía flamante rotativa Winkler, fueron incautados por los ocupantes que se sirvieron durante años de la maquinaria para imprimir su *Boletín Oficial del Estado*. De sus redactores y directores, Federico Angulo fue

---

<sup>32</sup> Enrique Moral Sandoval, “El Socialista cumple 120 años (II)”, *El Socialista*, septiembre de 2006, contiene informaciones sobre esta edición, dirigida por Manuel Albar, llamado por la ejecutiva a Barcelona, mientras en Madrid quedaba al frente del diario Felipe A. Cabezas, sustituido en los últimos días de la guerra por Francisco Ferrándiz.

capturado en agosto de 1937 en Santander, sometido a consejo de guerra y fusilado en Burgos, más de un año después, el 3 de octubre de 1938; Cayetano Redondo, alcalde de Madrid desde noviembre de 1936 hasta abril de 1937, fue capturado en Alicante en marzo de 1939, sentenciado también a muerte en consejo de guerra y fusilado en Madrid, en el cementerio del Este, el 21 de mayo de 1940; Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido, capturados por la Gestapo en París y entregados a las autoridades franquistas, sufrieron así mismo condena de muerte en consejo de guerra y fueron fusilados en el mismo cementerio del Este a primera hora de la mañana del día 9 de noviembre de 1940.